

formes con su piedad rigurosa; pero ya hemos dicho que el rey era entonces una escepcion en la moral. La nueva amiga de Mad. de Montespan y del rey satisfacía sus escrúpulos reprimiendo con dulzura por medio de palabras un comercio culpable que aceptaba en accion; pero su condescendencia no la llevó nunca hasta la aprobacion ó la complicidad, y en las conversaciones que con motivo de su empleo y de vivir en la casa de la favorita tenia á menudo con el rey, le reprendia sus debilidades y le animaba al arrepentimiento. Su belleza completamente formada y conservada con todos sus atractivos por la frialdad de su alma, hacia por lo menos tanta impresion en el rey como su severo lenguaje. Preguntábase éste, libre en esta ocasion por la muerte de la reina, si una union tranquila y virtuosa con una muger á la vez tan seductora y de tanto talento, no seria un estado superior en felicidad y en virtud á la amarga voluptuosidad de sus desórdenes. El atractivo crecia á cada conversacion, y los celos de Mad. de Montespan le aumentaban con continuas quejas impacientemente sufridas. Entonces empezó ésta á acusar de ingratitud y de traicion doméstica á una amiga á quien habia sacado, como ella decia, de la abyeccion, y que habia adquirido toda su confianza solo para sobornar el corazon del rey por medio de piadosas seducciones, y para tomar en el lecho del monarca el lugar de Ester, desde donde la precipitaba en el oprobio. Esta desesperacion del amor saciado y estas quejas por la ingratitud eran demasiado fundadas. Al cabo de pocos años, Mad. de Montespan, caída en la desgracia del monarca, arrastraba sus pesares en el destierro, y la viuda de Scarron era reina. Sin embargo, la dignidad del trono y el orgullo del rey, superior todavía á la devocion, le habian impedido proclamar su sujecion á esta nueva esposa; habiase contentado con satisfacer á la Iglesia, haciendo bendecir de noche por el arzobispo de París su matrimonio en presencia de algunos cortesanos fieles. La union era secreta, la cohabitacion era pública, y Mad. de Maintenon desempeñaba á los ojos del pueblo el papel equivoco de favorita respetada por el rey. La familia real, la corte, los ministros, la Iglesia, el rey mismo, la obediencia, y ella, favorita, esposa, árbitra de la Iglesia, oráculo del consejo, era á la vez el *Richelieu* y el *Mazarino* de la ancianidad del rey. Su hábil humildad aseguraba su imperio quitando al rey todo temor de que usurpase su autoridad, porque en esta muger no veia una rival, pues ella tenia la habilidad de que sus deseos se convirtiesen en los de Luis XIV. Podia decirse que la monarquía se habia casado con el primer ministro.

La devocion, que habiendo sucedido al amor habia sido el nudo de esta union, la perpetuaba. La corte, inspirada por una muger piadosa, gobernada por un rey dudoso de su salvacion; dominada por obispos severos, como Bossuet;

reprendida por confesores, ya terribles, como Letellier, ya benévolos, como Lachaise; trabada por facciones opuestas, donde se mezclaban la ambicion y el misticismo, mas parecia un sinodo que un gobierno. Versailles recordaba entonces aquel palacio de los *Blakernes* en Bizancio, bajo los emperadores griegos del Bajo Imperio, en el cual dividian á la corte y al pueblo las luchas metafísicas, y dejaban aproximar á Constantinopla la decadencia y las lecciones de los conquistadores.

Tenia el rey un hijo, *Monseñor*, princip educado por Bossuet y por Montansier; dotado por la naturaleza de buena inteligencia y valor, pero á quien la envidia á la oriental del rey habia alejado á los campos tan pronto como mostró alguna capacidad, desterrándolo á Meudon con una favorita y dejándolo casi en la indigencia. El hijo habia acabado por admitir aquella situacion subalterna y oscura para no presentar á Luis XIV la sombra imperdonable de un heredero del trono, porque al rey le era menos temible la muerte que la idea de dejar de reinar un día. El duque de Borgoña, á quien Fenelon iba á educar, era hijo de Monseñor y nieto del rey; pero éste, siguiendo la costumbre de sus abuelos preferia el nieto al propio hijo, porque su edad no inspiraba todavía recelos y porque habia gran distancia entre su propio reino y el reino lejano de un niño.

Agrupábanse los cortesanos alrededor de estas diferentes ramas de la familia real; el mayor número alrededor del rey, y todos alrededor de Mad. de Maintenon.

Esta era la corte de Luis XIV, cuando Fenelon fué llamado á desempeñar las funciones de preceptor del duque de Borgoña.

VIII.

Daba este niño tantos temores por su carácter como esperanzas por su naturaleza. «Nació temible, dice Saint-Simon, el Tácito inculto pero espresivo del fin de aquel reinado; sus primeros años daban miedo: duro, colérico hasta enfadarse contra las cosas inanimadas, incapaz de aguantar la mas leve contradiccion, aun de las horas y de los elementos, fogoso hasta el extremo y en términos que parecia descomponerse toda su máquina, de todo ello fui yo testigo muchas veces; terco por demas, amigo de todos los placeres, de la buena mesa, de la caza, de la música que escuchaba con delirio, hasta del juego, en el cual no podia ver que nadie le ganase, siendo peligroso jugar con él; en fin, entregado á todas las pasiones y amante de todos los placeres. De continuo feroz, cruel por naturaleza, bárbaro en las burlas, sirviéndose de lo ridículo con una agudeza que desconcerta-

ba. Desde la altura de su posicion miraba á los hombres como átomos con quienes no tenia ninguna semejanza, cualesquiera que fuesen. El talento y la penetracion se descubrian en él hasta en los arrebatos; admiraban sus salidas, y sus respuestas eran agudas y profundas; burlábase de los conocimientos mas abstractos; la magnitud y viveza de su ingenio, que eran prodigiosas, le impedian fijarse en un solo objeto á la vez, haciéndole incapaz de estudiar. De tal abismo salió un principio:.... etc. Este principe era el niño que tenia que trasformar Fenelon.

El rey, Mad. de Maintenon y el duque de Beauvilliers, habian sido admirablemente ayudados por el acaso ó por el juicio al encontrar un maestro semejante para tal discípulo. Fenelon habia recibido de la naturaleza los dos dones mas necesarios para la enseñanza: el don de imponer respeto, y el don de agradar. El respeto y el atractivo vencen á cualquiera; la naturaleza le habia puesto de manifiesto en las facciones una alma hermosa: su rostro espresaba su genio, el cual se manifestaba aun en su silencio. El pincel, el buril y la pluma de sus contemporáneos, aun de sus enemigos, convienen en la imagen que han pintado de Fenelon. D'Aguesseau y Saint-Simon han sido sus *Van Dyk*, y sus *Rubens*, y bajo sus manos le vemos vivir, hablar y complacernos.

Era de alta estatura, delgado y flexible de talla como Ciceron; la nobleza y la modestia componian su actitud y arreglaban su marcha. La delgadez y palidez de sus facciones demostraban mejor su perfeccion; no consistia su belleza en la encarnadura y en el color, sino en la suavidad y pureza de sus contornos; era una belleza enteramente moral é intelectual, y la naturaleza para espresarla habia empleado la menos materia posible y se conocia al contemplarlo que los elementos raros y delicados que componian su persona no daban entrada á las brutales pasiones de los sentidos, sino que por el contrario, habian sido amasados y modelados para formar una inteligencia activa y una alma visible. Su frente era espaciosa, ovalada, algo saliente hacia la mitad y deprimida y palpitante junto á las sienes; estaba coronada de cabellos finos de color indeterminado, los cuales por el soplo involuntario de la inspiracion, como por un viento ligero se levantaban alrededor del solideo que cubria lo mas alto de la cabeza. Sus ojos serenos presentaban como el agua diferentes reflejos con el día, con la oscuridad, con el pensamiento, con la conmocion; puede decirse que eran del color de sus pensamientos. Unas cejas altas, arqueadas y finas los realzaban, y las pestañas largas y transparentes los ocultaban ó descubrían plegándose con estremada movilidad. Tenia nariz aguileña, y cierta prominencia leve que acentuaba solamente esta parte de su rostro, servia solo para dar mas energía y espresion á la línea mas griega que romana de su perfil. Su boca

casi siempre entreabierta como hombre que respira franqueza, tenia una tinta indecible de melancolia y de gozo que revelaba la libertad de espíritu bajo la gravedad de los pensamientos; parecia estar tan presta á la oracion como á la sonrisa; aspiraba á la vez el cielo y la tierra; la elocuencia ó la familiaridad se descubrían desde luego en cada uno de sus pliegues. Eran sus megillas achatadas, pero sin arrugas, á escepcion de las estremidades de los labios donde la benevolencia habia dejado la señal de un gesto habitualmente gracioso. La barba carnosa y un poco saliente daba solidez viril á aquel rostro casi femenino. La voz correspondia por su timbre y sonoridad dulce, grave y cariñosa, á los rasgos armoniosos de la figura; el sonido hablaba en él tanto como la palabra. El que le escuchaba se conmovia antes de comprender.

«Este exterior, añade *d'Aguesseau*, se encierra mas imponente por la noble distincion esparcida por toda su persona, y por no qué cosa sublime en medio de la sencillez que imprimia al carácter de sus facciones cierto aire de profeta. El aspecto nuevo que sin ser rebuscado daba á sus espresiones, hacia creer á los que le escuchaban que poseia todas las ciencias como por inspiracion; hubierase dicho que las habia inventado mejor que aprendido. Siempre nuevo, siempre creador, no imitaba á nadie y parecia inimitable. Tan gran teatro no lo era demasiado para tan gran actor, y no habia en él ningun lugar que el público no hubiera destinado para Fenelon, y que no pareciese inferior á su mérito.»

Fenelon unia á estos dones privilegiados de la naturaleza los que dan el deseo de agradar, sin tratar de seducir ó de adular. La necesidad de ser amado porque amaba, era su lisonja y su seduccion, siendo tambien su poder, el cual, segun decian sus amigos, llegaba hasta la fascinacion, tanto mas irresistible cuanto menos buscado por él, porque este deseo de agradar no era resultado de un esfuerzo sobre su alma, sino natural á ella. Benévolo con todos, se captaba la voluntad de todos; y la benevolencia era de tal modo su esencia que la esparcía alrededor de sí. El cariño general que inspiraba á los demas era solo la repercusion del cariño que él tenia á los demas. Esta inclinacion á agradar no era un artificio sino una expansion del alma; no la guardaba como los ambiciosos para con aquellas personas á quienes tenia interés en parecerlas bien y cuya amistad podia servir para su elevacion ó de cualquier manera á sus miras, sino que la tenia con todos sin mas diferencia que la del respeto con los superiores, la de la familiaridad con los inferiores; era tan cuidadoso, dice Saint-Simon, de agradar á los superiores y á los iguales como á los subalternos; porque en esta necesidad de agrado reciproco no habia para él ni grandes ni pequeños, ni superiores ni inferiores habia mas que corazones pe-

netrados por el suyo. No olvidaba á ninguno, arrebatada á todos, hasta á los criados mas oscuros de la servidumbre del palacio. Y sin embargo, semejante prodigalidad de alma, nada tenia de comun y uniforme en la expresion que hubiera aminorado su valor; era mesurada, distinta y proporcionada, no en la ternura sino en la conveniencia, segun la gerarquía de las personas, su mérito, su grado de intimidad y familiaridad. A unos les dispensaba el respeto afectuoso, á otros la familiaridad expansiva; á aquellos una palabra, una sonrisa, una simple mirada; todo se gobernaba en él instintivamente por la benevolencia en los sentimientos no en las fórmulas. Un instinto infalible que es el tacto del alma, le impedía sin pensarlo siquiera aparecer demasiado afable con unos, ó poco con otros; á todos complacia segun su clase. Unia Fenelon á todo lo que llevamos dicho una gracia maravillosa, presente de la naturaleza.

De familia noble, educado en lo mas selecto, habituado desde la infancia á marchar por un camino mejor que el de la multitud, habian adquirido sus maneras el precio inestimable de la superioridad que se inclina, que eleva á sí y que lisonjea haciéndose amar. Su cortesía misma no parecia una atencion para todos sino una inspiracion para cada uno, hasta este punto se estendia su genio. Procuraba no fascinar á aquellos que por su demasiada superioridad hubiera podido ofuscar ó humillar. En las conversaciones se mantenía á la altura de sus interlocutores igualándolos, no sobreponiéndose á ellos; y esta conversacion que es la elocuencia de la amistad, era sobre todo la suya, la cual se manifestaba segun las personas, las circunstancias y los objetos, grave, afable, claro, sublime, agradable, pero siempre noble.

Habia en sus acciones aun en las mas espontáneas, cierta cosa agradable, tierna y familiar que era entendida aun por las personas de condicion mas humilde y que hacia perdonar su talento. No se podia, dice Saint-Simon, que le temia, ni dejarle, ni defenderse, ni procurar no encontrarlo; su conversacion dejaba en el oído, lo que su aspecto dejaba en los ojos, una impresion nueva, profunda, indeleble que ya no se borraba ni del alma, ni de los sentidos, ni del corazón. Otros hombres fueron mas grandes, pero ninguno mas proporcionado á la humanidad, ninguno tampoco la dominó mas por el amor.

Tal era Fenelon á los cuarenta y dos años, cuando apareció en la corte. No tardó mucho tiempo en conquistarla por completo, exceptuando solamente á aquellos envidiosos en quienes no hacen mella alguna ni la superioridad ni la cortesía, y al rey que tenia contra los grandes talentos las prevenciones del simple buen sentido y que queria que en su corte no se mirase á ningún hombre sino á él

Mad. de Maintenon, muger verdaderamente de superior discernimiento cuando no estaba ofuscada por la ambicion, no tardó en reconocer en Fenelon el espíritu dominante de la corte secundaria del heredero del trono. La piedad sincera y tierna de Fenelon la aseguraban respecto al uso que haria de su ascendiente; atrájolo á su familia secreta y aun penso hacerle el confidente de su conciencia, escogiéndole como director espiritual, y semejante confianza hubiera hecho reinarse el alma de Fenelon sobre el alma de Madama de Maintenon, que á su vez reinaba sobre el rey, y el oratorio de una muger se hubiera hecho el oráculo de un siglo. Créese que la juventud de Fenelon y la repugnancia instintiva del rey á una superioridad demasiado alarmante, le desviaron de este pensamiento, y confió por lo tanto á otro su conciencia, si bien conservó á Fenelon en toda su amistad. Nadie mas capaz que ella en aquella corte de comprender, admirar y amar á Fenelon, porque á escepcion de Bossuet, todos los demas eran medianías en aquella familiaridad piadosa de Luis XIV y de Mad. de Maintenon. Fenelon estaba bien allí por su virtud, pero su talento era superior á lo que le rodeaba. Pero ya hemos dicho que ninguno mejor que él sabia acomodarse para tratar con los que no estaban á su altura y que su talento consistia principalmente en tenerlo oculto.

Limitóse, bajo el patrocinio del duque de Beauvilliers y con la amistad del duque de Chevreuse, amigos suyos mas que sus superiores, á desempeñar su delicado encargo. Referir los esfuerzos por los cuales el maestro consiguió trasformar al discípulo, cosa es que pertenece mas que á la historia á la filosofía. El medio mas eficaz que empleó Fenelon fué su propio carácter. Llegó á persuadir porque consiguió hacerse amar y fué amado porque él mismo amaba. En pocos años hizo de aquella naturaleza ruda, al principio ingrata y trabajosa, despues mas dócil y agradecida, el *Germánico* de Francia; pero este *Germánico*, como el de Roma, debía solamente mostrarse al mundo. Ya le encontraremos al borde del sepulcro.

En los ratos de ocio de esta educacion real, fué cuando el espíritu de Fenelon se fijó en la filosofía de las sociedades, y cuando compuso en un poema el código moral y político de los gobiernos. Hablamos del *Telémaco*, que es el Fenelon completo para la posteridad. Si este no hubiese sido mas que el cortesano instruido y elegante de la corte secreta de Mad. de Maintenon, el obispo ejemplar y elocuente de Cambrai, ó el preceptor de un príncipe, muerto antes de ser rey, ya se hubiera olvidado su nombre; pero encerró su alma y su genio en un poema imperecedero y se hizo inmortal; porque en este poema está su pensamiento, vive en este libro.

Se ha dicho mucho acerca de la época exacta de la composicion del *Telémaco* por el poeta y de la manera que tuvo de componerlo.

Han pretendido algunos que el autor no tenia intencion de darle la forma de libro; otros que lo escribió al acaso y página por página para proporcionar á su discípulo algunos objetos de instruccion griega y latina; pero la grandeza, regularidad, continuidad y lo sublime de la obra, escrita á no dudarlo de un solo golpe y bajo una corriente de inspiracion, desmiente tan pueriles suposiciones, que no quedan menos desmentidas por la naturaleza de las cuestiones que Fenelon trata en el *Telémaco*. Como preceptor sensato y guardian escrupuloso de la imaginacion de su discípulo ¿le hubiera dado acaso como objeto de estudio las teorías mas elevadas de gobierno, las fábulas equívocas de la mitología, ó las blandas imágenes de los amores de Eucarís? Suponer esto seria calumniar el buen sentido y el pudor del poeta. El libro, dedicado en efecto al joven príncipe, fué escrito con la intencion de precaver su inteligencia, que estaba ya en la edad viril, contra las doctrinas de la tiranía y las asechanzas del deleite, cuyas imágenes le presentaba el maestro para armarle de antemano contra las seducciones del trono ó de su propio corazón. Lo que hay de cierto en todas estas hipótesis es que el preceptor arrancaba de cuando en cuando una hoja de su manuscrito proporcionada á la edad y á los defectos del niño, y que se la hacia traducir á fin de presentarle en su composicion ó las máximas que queria inculcarle, ó el retrato de los vicios de que queria corregirle por medio de lecciones indirectas. El poema, pues, era el descanso, el tesoro y el secreto del poeta.

IX.

Todo el mundo conoce este poema que cristiano de inspiracion y pagano de forma, corresponde completamente por la falta de originalidad á su tiempo y á su autor; porque Fenelon como su libro tenia el genio pagano y el alma cristiana. A pesar de este vicio en su composicion, que le quita el carácter de contemporaneidad y nacionalidad que todo libro verdaderamente monumental debe tener para ser el monumento vivo y eterno de un pensamiento no falso, sino real, es el mas hermoso tratado de educacion y de política que tenemos en los tiempos modernos, teniendo ademas el mérito de ser al mismo tiempo un poema; es decir, de ser á la vez un libro de moral, una narracion y un canto. Vive de una triple vida: enseña, interesa y encanta. Le falta la melodia de los versos, es verdad; pero Fenelon no tenia la imaginacion bastante enérgica para ejercer sobre sus pensamientos esa presion del estilo que les incrusta en la rima y que solidifica, por decirlo así, la pa-

labra y la imagen apretándolas en el molde de los versos; en cambio su prosa es tan poética como la poesia misma, y si no tiene la perfeccion, la cadencia y la armonía de la estrofa, nos agrada tanto como ella. Es tambien lo mismo que la poesia una música; pero es una música que llega blanda y suavemente á nuestro oído; es una poesia que dura menos, pero que cansa menos tambien que la de Homero ó de Virgilio. Si no tiene la duracion del metal tampoco tiene su peso; la comprension y el sentido vulgar la entienden con menos esfuerzos. Fenelon y Chateaubriand son tan poetas por el sentimiento y la imaginacion, es decir, por lo que constituye la poesia, como los mayores vates, solamente que ellos han hablado su poesia en vez de cantarla.

El verdadero defecto de este hermoso libro consiste, no en estar escrito en prosa, sino en ser una copia de la antigüedad, en vez de ser una creacion moderna; cuando lo leemos, parece que estamos leyendo una traduccion de Homero ó una continuacion de la *Odisea* por un discípulo igual al maestro. Los lugares, los nombres, las costumbres, los personajes, los acontecimientos, las imágenes, las fábulas, los dioses, los hombres, la tierra, el mar y el cielo, todo es griego y pagano, nada francés ó cristiano. Es un juguete del espíritu, un disfraz de la imaginacion moderna con los ropajes mitológicos; en este libro se descubre grande imaginacion, pero al mismo tiempo se ve tambien en todas sus partes la imitacion; Fenelon parece un Homero errante en otro pueblo y en otra edad, que canta fábulas á generaciones que no creen en ellas. Este es el defecto del poema, pero este defecto es del tiempo en que se escribió, que no habiendo poetizado sus propias creencias, ni creado imágenes propias, y que encontrando á su vista por todas partes con el renacimiento de las letras, monumentos poéticos de la Grecia, no podia imaginarse nada mas hermoso que la copia de estos fragmentos y permanencia importante por la admiracion que le inspiraban.

Explicado ó disimulado este defecto, el libro de Fenelon es sublime. Es el poema de la piedad filial; pudiéramos decir que es el poema de todas las virtudes y buenas cualidades del hombre. Supone el poeta que el joven *Telémaco*, hijo de Ulises y de Penélope, guiado por la Sabiduria bajo la figura de un anciano llamado *Mentor*, navega por los mares del Oriente en busca de Ulises, á quien la cólera de los dioses aleja de su reino, la reducida isla de Itaca. *Telémaco* durante este largo viaje, unas veces dichoso, otras contrariado por el destino, desembarca ó naufraga en mil playas diferentes, observa los grados de civilizacion de diferentes pueblos que le son explicados por su maestro *Mentor*, corre peligros, experimenta pasiones, se ve espuesto á las asechanzas del orgullo, de la gloria, de los placeres, y triunfa al fin ayudado por aquella Sa-

biduría invisible que le aconseja y protege, madura su juicio con la edad, se corrige por la experiencia, se hace un excelente príncipe, y como ha visto en las diversas gobernanas que ha recorrido buenos reyes, repúblicas, tiranía, ha recibido por el ejemplo lecciones de gobierno que aplicará en seguida en su propio pueblo.

X.

Del mismo modo que el *Emilio*, que es el *Telemaco* plebeyo de J. J. Rousseau, es este poema ante todas cosas social y político: es la crítica y la teoría de la sociedad y de los gobiernos: es el programa de un reino futuro cuyo *Telemaco* sería el duque de Borgoña y cuyo Mentor Fenelon. Principalmente bajo este aspecto ha tenido este libro grandísima influencia sobre el género humano, y así considerado Fenelon ha sido no solo un poeta sino un legislador político, un *Solon* moderno, una fecha viva en la trasformación de las sociedades que trabaja el mundo desde la aparición de su poema; de modo que puede decirse con verdad y sin ninguna exageración que el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, que lo leal y lo quimérico de la grande revolución europea de ideas é instituciones de que somos instrumentos, espectadores y víctimas desde un siglo á esta parte, ha nacido de este libro como de una caja de bienes y males. Es el *Telemaco* á la vez la grande revelación y la grande *utopia* de las sociedades. Si vamos ascendiendo cuidadosamente paso por paso, desde los mas fanáticos tribunos de la Convención á los girondinos, desde los girondinos á Mirabeau, desde Mirabeau á Bernardino de Saint-Pierre, desde Bernardino de Saint-Pierre á J. J. Rousseau, de J. J. Rousseau á Turgot, de Turgot á Vauban, de Vauban al preceptor del duque de Borgoña, encontraremos que el primer revolucionario, que el primer tribuno de los pueblos, que el primer reformador de los reyes, que el primer apóstol de la libertad es Fenelon, encontrándose al *Telemaco* como evangelio de las verdades y errores de la revolución moderna. Pero Fenelon en política es á la vez virtuoso y quimérico. De aquí los obstáculos y precipicios sobre que se eleva esta revolución ó en que tropieza alternativamente en la práctica; los principios son admirables en el *Telemaco*, pero el gobierno es absurdo. La trasformación política del mundo tenía en Fenelon su profeta, y debía esperar por todo un siglo su hombre de estado. El buen sentido de Luis XIV aguzado por la práctica del gobierno, le dictó la palabra propia para señalar á tal hombre y á tal libro: «Fenelon es el hombre mas quimérico de mi reino.»

Todas sus máximas generales, buenas en

la especulativa, se han convertido en instituciones despues, y no pocas veces se han desacreditado en la práctica por la defectuosidad de las cosas humanas. Los pueblos gobernados por su propia ciencia, las repúblicas patrias y plebeyas, las monarquías templadas por el poder sacerdotal ó por el poder popular, el gobierno representativo, los estados generales de la nación reunidos periódicamente cada tres años, la administración y las asambleas provinciales, la elección y deposición de reyes, la soberanía del pueblo en acción, la supresión del trono y de las magistraturas en lo que tenían de hereditarias, la libertad de conciencia, la paz perpétua entre los pueblos, la fraternidad y la igualdad entre los ciudadanos, la supresión de la riqueza de los menos en el pretendido provecho del mayor número, el Estado árbitro de la fortuna de los súbditos, la repartición de terrenos y destinos por el gobierno, la educación pública igual y obligatoria para todos los hijos de la patria, la comunidad de bienes, la condenación del lujo, las leyes sobre los gastos de las casas, las habitaciones, los alimentos, las profesiones elementales tales como la agricultura ó el pastoreo de rebaños, favorecidas violentamente por la condenación del lujo y de las artes, el máximo de precio ó de consumo de los comestibles, la economía política alternativamente justa y falsa, verdad, error, utopías, inconsecuencias, contradicciones, ilusiones, lo posible, lo imposible, grandes y pequeñas miras, sueños, indeterminación, proyectos sin punto de partida, sin objeto y sin medios de ejecución: todo esto hace de la política del *Telemaco* una especie de *pastoral* para los gobiernos. Todo se confunde en este libro y parece que se navega por un Océano de imaginaciones humanas, sin brújula que marque el camino, sin norte á que dirigirse, y sin puerto donde abordar. Despues del *Contrato social* de J. J. Rousseau y de la *Utopía* de Platon ó la de *Tomas Moro*, el *Pandemonium* de las especulaciones inútiles, es el *Telemaco*; todo en él es sombra, no se ve ningun cuerpo. En presencia de estos cuatro libros, la *República* de Platon, la *Utopía* de Moro, el *Telemaco* de Fenelon y el *Contrato social* de J. J. Rousseau, pueden muy bien decirse aquellas palabras de Federico el Grande: «Si tuviese que castigar un imperio se le daría á los filósofos para que le gobernasen.»

Y es que los filósofos, á pesar de su talento, á pesar de la grandeza de sus miras y de lo virtuoso de sus tendencias, hacen en todos sus planes para la humanidad abstracción de la humanidad misma. Hombres sin experiencia construyen sobre nubes sus instituciones imaginarias, y cuando estas nubes llegan á tocar la tierra, las instituciones se deshacen en vapores ó en ruinas. Fenelon en el *Telemaco* es uno de los filósofos que han creado para el siglo que formaban las mas bellas y engañosas

perspectivas, que han mezclado mas ideas falsas con mas ideas justas, y que mas han confundido la pasión por el mejoramiento de la suerte de los hombres en sociedad con la pasión por lo imposible. Y con estas imposibilidades en la aplicación ha tropezado, crecido y encallado la revolución inesperta, cuyo padre vino á ser; de la oposición entre lo real y lo quimérico han nacido las decepciones, los furros, la tiranía y los crímenes de esta revolución. Los *utopistas* del aniquilamiento del poder y del gobierno puramente metafísico, produjeron la anarquía y los crímenes de la revolución de 1793. Los *utopistas* del nivelamiento de propiedades y del comunismo social han producido el pánico, la retractación y emplazamiento de la revolución en 1848. Ambas utopías no son mas que sueños de Fenelon, tomados como cosa seria por espíritus poco despiertos. El santo poeta fué sin saberlo el primer radical y el primer comunista de su siglo.

Tocante á la influencia de este libro en materia de economía política no ha sido ni menos estensa ni menos funesta; pero sus errores sobre este punto pueden explicarse mas fácilmente. Las declamaciones contra las artes y contra el lujo; las leyes suntuarias para arreglar el consumo de los productos necesarios para el trabajo, que ninguna significación tienen en nuestros días, tenían su significado en la antigüedad primitiva, de donde Fenelon tomaba desgraciadamente los ejemplos y las ideas. En efecto, se comprende perfectamente que al principio de las cosas, en las sociedades enteramente pastoriles ó agrícolas, en que la tierra apenas cultivada, no suministraba mas que lo estrictamente necesario para el alimento del hombre, se impusiese por la ley á los ciudadanos, como virtud y como prescripción, gastar y dispendiar lo menos posible. La sobriedad y economía de los ciudadanos dejaba de esta manera una parte mayor para las necesidades de sus hermanos. Tales leyes tenían por objeto evitar el hambre, azote de aquellos imperios nacientes, en que la vida animal lo era todo; y bajo este concepto la templanza, que es tan solo una virtud respecto de nosotros mismos, era una virtud para con la sociedad; la abstinencia era un sacrificio, el lujo un crimen. Haciendo estas consideraciones, se comprenden las leyes suntuarias de la antigüedad.

Pero cuando la sociedad está segura de su vida, porque ha multiplicado las fuerzas productivas con los desmontes, los rebaños, las máquinas, y no teme ya el hambre, y que alimenta masas inmensas de población, tan solo con el salario que se paga por el trabajo intelectual, artístico é industrial; cuando el consumo del uno forma la riqueza del otro; cuando cada diversion, cada gusto, cada capricho satisfecho por el rico que consume, es voluntaria é involuntariamente un salario, un socorro

para el trabajador que produce, el sistema de Fenelon, el de Platon, el de J. J. Rousseau son no solo un absurdo, sino un homicidio para el pueblo. Ahora el consumo se ha hecho virtud, y el lujo viene á ser el padre sustentador del género humano. Este error del *Telemaco* es uno de los que mas daño han hecho á la revolución, y uno de los que mas trabajo cuesta hoy dia extirpar del ánimo del pueblo, á quien ha seducido y á quien hace padecer tanto.

Tal es el *Telemaco*. Virtuosas máximas, deplorables aplicaciones; pero como este poema respondía con anticipación á las mas nobles y legítimas tendencias de la justicia, de la igualdad y de la virtud en el gobierno de los imperios, como había sido inspirado por un alma santa y escrito por un poeta de genio, es fácil hacerse cargo del efecto que tal libro ha producido.

Pero en el tiempo á que nos referimos, el *Telemaco* era aun el secreto de Fenelon; escribale en el palacio de Luis XIV, y debía ocultarlo á los ojos del rey y de los cortesanos hasta el final de este reinado; porque en este libro había una terrible acusación que Fenelon reservaba para cuando el duque de Borgoña su discípulo adquiriese la madurez que dan los años, y se hallase mas próximo al trono. Era la confidencia sellada que hasta entonces había de permanecer secreta entre maestro y discípulo; acaso tambien este libro estaria destinado á ser, cuando el joven príncipe ascendiese al trono, la proclamación de una política nueva, el programa de un gobierno *feneloniano*; quizás una candidatura indirecta para el empleo de primer ministro, cuyo presentimiento podría tener Fenelon sin darse cuenta á sí propio de este deseo. Su amigo el abate Tronson le había advertido de antemano, como ya hemos visto, de esta ambición que no pretendía, pero que revela una idoneidad involuntaria: tal era Fenelon. Hay ciertos hombres privilegiados por la naturaleza que tienen una ambición, que lejos de ser un vicio, constituye su fuerza, ambición que á nada aspira, pero que se eleva por sí misma, como el globo aereostático se eleva en un elemento mas pesado que él, y por la sola superioridad de su menor peso específico. Hasta las virtudes de Fenelon debían hacerle desear una elevación futura, para que colocado en posición mas elevada, pudiese su alma llena de bondad esparcirse á mas distantes puntos entre sus semejantes.

Pero la envidia comenzó entonces á salir de la oscuridad en que se ocultaba, inquieta por la influencia que Fenelon tenía con su discípulo, no bajo el concepto de maestro; sino en el de amigo; y el que cada dia adquiría mas confianza con Mad. de Maintenon, por el atractivo de su conversación, no hacia menos sombra á la corte. La correspondencia entre Madama de Maintenon y él era tan seguida como

intima, y en ella no se ocultaban los atrevidos consejos que Fenelon daba á la muger que á su vez aconsejaba al rey; animábale para que reinase; «Sois capaz de una firmeza de que no os podéis formar idea, la decía en una carta á consecuencia de haberle suplicado ella que la hablase con toda franqueza diciéndole aun las verdades mas duras; desconfiáis demasiado de vos misma, ó mas bien teméis entrar en discusiones contrarias á vuestra inclinacion; á la vida tranquila y sosegada... Como el rey obra menos en consecuencia de máximas fijas que por lo que le dicen las personas que le rodean, y á las cuales da su autoridad, es necesario no perder ninguna ocasion de cercarle de personas virtuosas que traten, de acuerdo con vos, el modo de hacerle cumplir con obligaciones de que no tiene idea alguna. Todo consiste en sitiarse, puesto que quiere serlo, y en dominarle, puesto que quiere ser dominado. Su felicidad consistirá en estar sitiado por personas probas y desinteresadas. Debeis, por lo tanto, poner todo vuestro cuidado en indicarle caminos de paz, y sobre todo, de alivio de las cargas que pesan sobre el pueblo, de moderacion, de justicia; hacerle que desconfie de los consejos duros y violentos, é inspirarle horror por los actos de autoridad arbitraria... En la corte teneis personas bien intencionadas que merecen que las trateis bien y que las animeis; pero es necesario mucho tacto, porque muchos tomarán el aire de devotos por agradaros.»

Por esta carta se ve que Fenelon hablaba de los vicios del rey entregándose enteramente á la merced de Mad. de Maintenon, depositaria mas adelante de sus confidencias; obsérvese tambien que fiel á la amistad, trataba de proporcionar al partido de la virtud que habia en la corte, representado por los duques de Chevreuse y de Beauvillers, todo el favor del rey. Preciso es tener presente que este partido de la virtud era al mismo tiempo el partido de sus patronos y amigos.

La piadosa correspondencia é intimidad que tenian Mad. de Maintenon y Fenelon conquistaba cada vez mas al futuro autor del *Télémaque* el aprecio y el corazon de la que reinaba en la corte, la cual recordaba ya en sus últimos años los sentimientos que entonces experimentó.

«Muchas veces he reflexionado por qué no entregaria yo entonces mi conciencia al abate Fenelon, que me agradaba bajo todos conceptos, y cuyo talento y virtud me tenian tan prevenida en su favor.» — En su situacion tenia necesidad mas que otra muger alguna, de un hombre tan agradable como superior, en medio de la frialdad, vicio y medianias de que se hallaba rodeada. «Ah! si pudiera yo, escribia en aquel tiempo á su amada sobrina, si pudiera yo daros mi esperiencia! Si pudiera quisiera ver el fastidio que devora á los gran-

des y la pena con que pasan los días! No veis que se muere de tristeza con una fortuna que no hubiera valido la pena de imaginarse? He sido jóven y bonita, he gozado de los placeres, he sido amada en todas partes; ya en edad mas avanzada he pasado algunos años en el comercio del espíritu; he llegado á los mas altos puestos, pero os aseguro que todos los estados dejan en nosotros un tristísimo vacío.»

La amistad de Mad. de Maintenon con el hombre mas amable del reino, inspiró al rey la idea de recompensar á Fenelon por el éxito que habia alcanzado en la educacion de su nieto, dándole la abadía de Saint-Valery. El rey en persona le notificó este favor disculpándose de que viniese tan tarde y fuese tan desproporcionado á sus servicios. Todo iba bien para Fenelon: el corazon de Mad. de Maintenon parecia haberle abierto el de la corte.

XI.

Pero habia un precipicio en el camino de Fenelon, precipicio que le llevaba en sí propio, pues no era otra cosa que su alma cándida y su poética imaginacion. Dejose seducir, no por la fortuna, sino por la piedad.

Hemos dicho antes que la corte de Luis XIV anciano era mas bien un sínodo que un gobierno, y que las cuestiones mas sutiles de dogma, de ortodoxia y de teología, entraban allí por tanto como la guerra y la política. Conveniente es recordar esto en el momento en que vamos á ver el favor de Fenelon, y acaso la fortuna de Francia, derribadas por el alucinamiento de una muger y por la cólera de Bossuet.

Habia por entonces en Paris una viuda jóven, hermosa y rica, llamada *Juana Maria de Lamotte*, que habia estado casada con Mr. Guyon, hijo del que dirigió el canal de Briare, á quien perdió á los veinte y ocho años. Habia sido dotada Mad. Guyon por la naturaleza de belleza ideal y melancólica, de alma apasionada, y de una imaginacion para la que no bastando el mundo terrestre buscaba el amor hasta en el cielo. Habia ella conocido en Paris, antes de su matrimonio, á un jóven religioso bernabita, llamado *Lacombe*. La tierna piedad y la exaltacion mística de este religioso causaron en el alma y en el corazon de la jóven neófita una de esas impresiones fuertes, en las cuales parecen confundirse totalmente la gracia y la naturaleza, como en la amistad de *San Francisco de Sales* y de Mad. de *Chantal*, en las que no se puede distinguir si son efecto de una virtud superior ó de un atractivo humano. Viuda apenas Mad. Guyon, que habia seguido la correspondencia con su maes-

tro de piedad, corrió á *Gex*, pequeño pueblo del Bugey en la corriente del Jura, donde le esperaba el padre *Lacombe*. El obispo de Ginebra, de quien era dependiente el pueblecillo de *Gex*, tenia ya noticias del nombre, gracia, talento, fortuna, y de la piedad ya célebre de la jóven viuda, y tuvo á mucho honor para su diócesis, que una muger dotada con tantos dones naturales y supernaturales, fuese á ocultarlos ó á consagrarlos al servicio de Dios en aquella soledad. Se apresuró, pues, á confiar á Mad. Guyon la direccion de un convento de jóvenes que habian abjurado por sus cuidados del cisma de Calvino. Mad. Guyon pidió que se nombrase al padre *Lacombe* superior de su monasterio, y entonces la piedad de la viuda y del religioso, consagrada de este modo por la comunidad de morada y de piedad, se exaltó hasta el éxtasis. La ardiente imaginacion de la muger adelantó muy luego á la del religioso. El maestro se hizo discípulo y recibia las inspiraciones y revelaciones de los ojos y de la boca de su penitente como manifestaciones del cielo. Este comercio místico pareció sospechoso á las almas sencillas, y el obispo de Ginebra, despues de haberle favorecido involuntariamente, se retrajo y desterró al desgraciado religioso á *Thonon*, lugarcillo de su diócesis á orillas del lago Lemán. Mad. Guyon no tardó mucho en seguir allí á su amigo; se retiró al convento de *Chonon*, donde recibia libremente al padre *Lacombe*, teniendo con él aquellas conversaciones que los guiaban al éxtasis, y que la daban aquel imperio sobre el ánimo débil y lleno de admiracion de *Lacombe*. Desde allí Mad. Guyon fué á Grenoble á estender su efusion amorosa por Dios entre un corto número de sectarios. Los bosques y las rocas de la gran cartuja la encantaron por su aspecto magestuoso, y apareció en ellos como ra sibila de aquellos desiertos; y por último, creyendo encontrar en el otro lado de los Alpes la imaginacion italiana que se entusiasmaria fácilmente con sus nuevas doctrinas, envió allí á su discípulo *Lacombe* para que predicase su fé en Verceil y el Piamonte, donde le siguió poco despues. De modo que anduvo asi errante por algunos años de *Gex* á *Thonon*, de *Thonon* á *Grenoble*, de *Verceil* á *Turin*, de *Turin* á *Leon*, dejando en todas partes la admiracion y el escándalo. Pero la admiracion dominaba en todos los que contemplaban de cerca la sinceridad de sus éxtasis, la austeridad de su vida, la pureza de sus costumbres. Cuando volvió de esta peregrinacion, publicó en Leon una explicacion del *Cantar de los Cantares* de Salomon, y otros escritos sobre la contemplacion; las ideas que predominaban en estas obras eran las de Platon y las de los primeros ascéticos cristianos, principalmente de España, y tenian por objeto recomendar á las almas piadosas como tipo de perfeccion el amor de Dios por él mismo, desinteresado y ageno á toda recompensa y á todo temor, en-

salzando tambien aquella contemplacion tan profunda en que el alma, sumergida por decirlo asi en el Océano de la esencia divina, contrajese la pureza del espíritu puro y dejase el cuerpo como un vestido que se desecha, libre de sus actos puramente materiales, sin que el alma exaltada fuese responsable de aquel éxtasis; en una palabra, queria la virtud de Dios comunicada al hombre por la union absoluta é indispensable del hombre y Dios, el éxtasis continuo en la tierra, las dulzuras de la gloria antes de subir al cielo. En sus ideas habia grandeza y santidad para los hombres justos é instruidos; pero habia tambien un precipicio para el vulgo. La Iglesia se conmovió con estas doctrinas; el cardenal *Leramus*, obispo de Grenoble, las denunció al arzobispo de Paris, y *Harlay* á la corte. Mad. Guyon y el padre *Lacombe* acababan de volver á Paris: el apóstol y el discípulo fueron arrestados. *Lacombe* interrogado, encerrado en la Bastilla y desterrado á la isla *Oleron*, fué por último llevado al castillo de *Lourdes* en lo mas áspero de los Pirineos, á sufrir una larga espiacion. Mad. Guyon, metida en el monasterio de la calle de San Antonio, fué interrogada severamente por la Iglesia, se defendió valerosamente de todas las acusaciones de escándalo é impiedad que la habian hecho á su vuelta á Paris, y fué el amor y las delicias del convento que la servia de prision. Una muger, célebre entonces por su saber y piedad, Mad. *Miramion*, habiendo oido hablar de la cautiva reformadora, quiso verla, y tanto la encantó su trato, que intercedió con Mad. de Maintenon para obtener la libertad de una muger injustamente perseguida. Mad. de la *Maisonfort*, unida por el parentesco á Mad. Maintenon, la duquesa de *Bettune*, hija del desgraciado *Fouquet*, y Mad. de *Beauvilliers*, hija de *Colbert*, unieron sus súplicas á las de Mad. *Miramion*, y Mad. de Maintenon hizo poner en libertad á la protegida de tantas señoras virtuosas. Asi que Mad. Guyon se vió libre corrió á dar gracias á su libertadora, que experimentó la fascinacion general, y se aproximó á Mad. Guyon como á un foco de piedad de elocuencia y de gracia que solo habia sido oscurecido por el humo de una imaginacion ardiente; la introdujo en Saint Cyr, reunion de los mejores jóvenes del reino, y la obligó á revelar allí los dones de Dios, en conferencias en que brilló su genio contemplativo y piadoso. Mad. de Maintenon asistia á ellas; hizose cómplice inocente de todas las sutilezas del misticismo sobre el amor divino: arrastró en esta admiracion á los hombres mas austeros de la corte, tales como el duque de *Beauvillers* y el de *Chevreuse*, y admitió á Mad. Guyon en su mas grande intimidad. Allí y con tan buenos auspicios conoció Fenelon á Mad. Guyon. La igualdad de ternura y exaltacion que animaba estas dos almas tan religiosas, seducidas por una imaginacion acalorada, no tardó en establecer una amistad espiritual entre Fe-

nelon y Mad. Guyon, en que no hubo mas seducción que la piedad y el entusiasmo.

SEGUNDA PARTE

Las narraciones místicas de Mad. Guyon, embargando los ánimos de Mad. de Maintenon y Fenelon, se presentaban á estos como perfumes secretos de piedad, que debían respirar en el santuario de su corazón, sin dejar traslucir nada en el exterior, temiendo que se estraviase el vulgo. El rey, tan sencillo cuanto á la fé como en cuanto á la imaginación pensaba mas severamente.

«He leído al rey algunos trozos de los escritos de nuestra amiga, escribía Mad. de Maintenon, y me ha dicho que eran delirios de su imaginación; aun no ha comprendido lo bastante lo que es la piedad para gustarlos.» «No estendais, añadía, las máximas del abate Fenelon, entre gentes que no le comprendan; y en cuanto á Mad. Guyon es preciso guardarla para nosotros. Fenelon tiene razón no queriendo que se divulguen estos escritos, porque no todos tienen un espíritu recto y firme, y sería predicar la libertad de los hijos de Dios á los que aun no lo son.»

Por esto se ve que Fenelon mismo desconfiaba del éxito de una perfección ideal, que podría escandalizar á los débiles; que su complicidad espiritual con Mad. de Guyon no era tan grande como la de Mad. de Maintenon y que su admiración llena de prudencia hasta en el entusiasmo no iba nunca á parar en el fanatismo.

Este entusiasmo provenía de su misma naturaleza, y de aquella disposición mística al amor de Dios en que la ternura se confunde con la sutileza. E escuchémosle cuando habla de Santa Teresa, y reconoceremos en su admiración cual es el gusto íntimo, la índole de su piedad, y encontraremos al mismo tiempo la reserva, la discreción y la moderación que nunca le abandonaron.

«De la oración simple en que estaba Santa Teresa, Dios la elevó á la mas alta contemplación; penetra hasta donde principia el matrimonio virginal entre el esposo y la esposa, ella pertenece enteramente á Dios lo mismo que Dios á ella. Su alma lo experimenta y posee todo, revelation, espíritu de profeta, visiones sin imagen alguna sensible, enagenamientos, tormentos deliciosos como dice ella misma, en que el alma se extasia y sucumbe el cuerpo, y en que Dios se presenta á ella de una manera que deslumbrada y confundida, el alma desfallece no

pudiendo sentir tanta magestad; en una palabra, todos los dones sobrenaturales se presentan á su espíritu.»

«Sus directores se engañan desde luego; y queriendo juzgar de sus fuerzas para la práctica de las virtudes, por su oración y por el resto de debilidad é imperfección que Dios dejaba en ella para humillarla, concluyen creyendo que está en una ilusión peligrosa y quieren exorcizarla. ¡Ah! ¡Qué turbación para un alma llamada á la mas completa obediencia, y conducida como Santa Teresa, por el camino del temor cuando son contrariadas sus aspiraciones por los que la dirigen! «Estaba, dice, como en medio de un río espuesta á ahogarme y sin espeperanza de socorro.»—«No sabe lo que es, ni lo que hace cuando ora, y lo que fué su mayor consuelo por espacio de tantos años, era entonces su mas amarga pena. Queriendo obedecer abandona su atractivo; pero es inútil, nada consigue porque sucumbe á él, sin poder dejarle ni seguirle. En esta duda siente los horrores de la desesperación, y todo desaparece para ella, todo la atemoriza, todo la abandona. Su mismo Dios en quien descansaba tan dulcemente, se ha convertido en un sueño y esclama como Magdalena en su dolor: *Me lo han arrebatado y no sé dónde lo han llevado.* ¡Oh vosotros, ungidos del Señor, tratad de comprender por la práctica de la oración, las mas profundas y misteriosas operaciones de la gracia, puesto que sois los que la habeis de dispensar! ¡Cuánto no padecen las almas que guiais, cuando la aridez de vuestros estudios, y vuestra indiferencia con respecto á los caminos ocultos os hacen condenar lo que no conocéis por la experiencia! ¡Dichosas las almas que encuentran un enviado de Dios, así como Santa Teresa encontró á San Francisco de Borja y Pedro de Alcántara que la allanaron el camino que debía seguir!»—«Hasta entonces, dice, me daba mas vergüenza declarar mis revelaciones, que me hubiera dado confesar los mayores pecados.» «Y nosotros tendremos vergüenza de hablar de estas revelaciones en un siglo en que la incredulidad se llama sabiduría? Nos ruborizamos al decir en alabanza de la gracia lo que hizo en el corazón de Santa Teresa? No, no, calla siglo, siglo en que los mismos que creen las verdades de la religion, se jactan de rechazar sin exámen y como fábulas, las maravillas que Dios obra en sus santos.

«Conozco que es preciso examinar las almas, para ver si son de Dios, porque no puede agrandar á Dios que yo autorice una vana credulidad con vanas visiones, pero tampoco puede agrandar á Dios que yo dude en la fé cuando Dios quiere manifestarse. Aquel que derramaba desde lo alto como torrentes los dones milagrosos sobre los primeros fieles ¿no ha prometido tambien derramar su espíritu sobre todos? ¿No ha dicho: sobre todos mis siervos y siervas.» Aunque los últimos tiempos no sean tan dignos como los primeros de estas

revoluciones ¿deberemos creer que son imposibles? Pues que ¿ha desaparecido su origen? ¿Se ha cerrado el cielo para nosotros? No, la misma impiedad de los últimos tiempos hace mas necesarios estos dones para encender la fé y la caridad casi apagadas....

«¡Ah! Antes quisiera olvidarme de mí mismo que de esos libros (de Santa Teresa), tan sencillos, tan vivos, tan naturales, que no parece sino que cuando los leemos oímos hablar á Santa Teresa. ¡Cuán gratos son aquellos tiernos escritos en que mi alma ha gustado un maná oculto! ¡Qué sencillez cuando refiere un hecho! Aquello no es una historia es un cuadro. ¡Qué elocuencia para espresarlo todo! Admirado estoy al ver que la faltan las palabras, como ha dicho San Pablo, para decir todo lo que siente. ¡Qué fé tan viva! Los cielos se abren para ella, nada la asombra, y así habla tan familiarmente de las mas grandes revelaciones como de las cosas mas comunes.

«Dominada por la obediencia habla sin cesar de ella y de los sublimes dones que ha recibido sin afectación, sin complacencia, sin reflexión, así como un alma grande que no creyéndose útil para nada, y no viendo mas que á Dios solo en todo, se entrega sin recelo á la dirección de los demas. ¡Oh libros tan queridos de los que sirven á Dios por medio de la oración, tan alabados por toda la Iglesia, que no pueda yo ocultaros á tantos ojos profanos! Apartate, espíritu soberbio que solo lees esos libros para tentar á Dios y escandalizarte de su gracia! ¿dónde estais, almas religiosas y sencillas, que sois las que debeis leerlos...? ¡Oh! si comprendiéseis cuan dulce es conocer á Dios cuando nos dedicamos solo á conocerle, gozaríais la gloria desde esta vida, vuestra paz se deslizaria tan dulcemente como un río, y vuestra justicia sería tan profunda como los abismos del mar.»

II.

Sin embargo, el rumor de las novedades que ocultaban en Saint-Cyr y Versailles, Mad. de Guyon y Fenelon y que entusiasmaban las almas ardientes, habia llegado hasta el arzobispo de París, Bossuet, y el obispo de Chartres, director espiritual de Mad. de Maintenon.

Estos tres oráculos de la Iglesia se reunieron y denunciaron á Fenelon como fautor peligroso de ideas nuevas ó temerarias, que debía ser alejado del rey y de su nieto, temiendo por la paz religiosa apenas conquistada.

Bourdaloue, orador célebre y venerado en el púlpito, fué consultado sobre estas doctrinas, y respondió con la misma severidad: «El silencio sobre estas materias, dice en su carta, es el mejor centinela de la paz, y solo en secreto debe hablarse de las confesiones sagra-

das con los directores espirituales.» Una conspiración oculta se tramaba, pues, por personas de severo carácter contra Fenelon, que tardó algun tiempo en estallar.

Nada indica aun en esta época un plan de Fenelon de Bossuet para hacer decaer en el ánimo del rey á un discípulo á quien habia querido, y solo se ven algunos temores en un hombre á quien lleno de traición repugnan las novedades por su fé y orgullo, y el dolor vivo de un maestro que ve á su discípulo no muy lejos de la duda en la fé. Estos dos sentimientos naturales en Bossuet, no necesitaban ser escitados por una baja envidia para estallar en santa cólera, porque la envidia no es la pasión del orgullo, y Bossuet estaba orgulloso de su genio y de su audacia; no envidiaba, queria destruir, y cuando se tiene el rayo en la mano no se tienden lazos.

Así, al principio de esta disputa, Bossuet trató de ahogarla y no de acriminarla. Consideró las visiones de Mad. Guyon como errores de una imaginación enfermiza; consintió en ver á aquella mujer célebre, recibió con indulgencia sus esplicaciones y sus quejas sobre el efecto que sus escritos causaban involuntariamente en los espíritus: la aconsejó el silencio, el retiro, la salida de París y el abandono de la corte por algun tiempo: se encargó de examinar detenidamente sus escritos y dar una sentencia suprema, á la que ella debía someterse con una deferencia voluntaria.

Hizo lo que habia prometido: leyó y censuró los libros de su penitente, y la escribió para indicarla con una bondad divina, los pasajes escandalosos para la razón ó peligrosos para la moral. Habló confidencialmente con Fenelon de los errores de su amiga espiritual, y le suplicó que los condenase con él. Fenelon, seguro de la ortodoxia de Mad. Guyon, y conmovido por las persecuciones que la amenazaban, la justificó delante de Bossuet con mas generosidad que política: se negó á condenar como teólogo lo que admiraba como hombre, como poeta y como amigo: respondió que Dios se servía de los mas débiles sentimientos para manifestar su gloria; que el espíritu inspiraba donde él quería; que la voz exaltada de los profetas ó de las sibilas no tenia la precisión ni la timidez de la voz de las escuelas, y que antes de condenar á los inspirados por Dios ó por su propia imaginación, se debía aprobarlos por el momento. Bossuet se contristó.

III

El rey, que se mezclaba en la teología sin comprender nada mas que la disciplina y la inalienabilidad de la Iglesia, manifestó su descontento. Mad. de Maintenon, causa del escándalo que se